tu Pasión se forme pan y vino, se forme la Eucaristía.

Es pues la Eucaristía, la conservación de la Pasion, ó por mejor decir, la Pasión misma: y la Eucaristía, y la Pasión, son la consecuencia de mi desamparo. Por eso sufres tu Pasión; por eso has instituido la Eucaristía; por eso te he desamparado.

Jesucristo acababa de salvar una alma del pecado; de trocar un criminal en un santo; de arrancar un laurel á la victoria; de conquistar un trofeo, que lucir al final de la batalla como testimonio de su triunfo.

Pero aunque esto era mucho, puesto que una sola alma vale tanto como la sangre del Redentor, para la caridad de este Redentor, para sus deseos, para su sacrificio, era muy poco.

Esto solo sirvió, digamoslo así, usando nuestro lenguaje que es el único de que podemos servirnos para expresar nuestras ideas, para avivar sus deseos; y así como el que se halla abrasado por una sed ardiente, no la siente mitigarse, sino recrudecerse, cuando solo se ha humedecido los labios con una gota de agua, y en el extremo de su necesidad le parecen pocas

las aguas de todos los rios que se extienden y corren á su vista, así á nuestro Redentor adorable le parecian pocas todas las almas de todas las generaciones que ante su vista omnipotente iban pasando; y si lo que hasta esos instantes había sufrido, y que era más que suficiente para salvar millones de mundos, solo hubiera bastado para salvar una alma, Jesucristo, para salvarlas á todas, no habría vacilado en que todos estos sufrimientos se multiplicasen por el número de ellas.

Esto lo expresó por una nueva queja, en la que manifestó toda la vehemencia de sus deseos, toda la intensidad de su amor, todo el rigor de su necesidad, diciendo: "Tengo sed;" (1) con cuya palabra quiso volver á tocar el corazón de los judios, refrescando su memoria, pues las Escrituras consignan esta sed sufrida por el Mesías entre los tormentos de su Pasión. (2)

Mientras los Príncipes de los Sacerdotes no quisieron comprender la significación de esta palabra, la desenfrenada soldadesca le dió una significación muy res-

(1) S. Juan. XIX, 28.
(2) Ps. LXVIII, 22.

tringida, tomandola solo en su sentido material.

Esta sed, en esta significación restringida, estaba bien justificada. El cansancio de las marchas aceleradas; la fatiga de un movimiento para nada interrumpido el calor sofocante de la hora; la vehemencia de los dolores causados por tantos y tan variados tormentos; el peso de la cruz sobre su cuerpo despedazado por una flagelación cuyo solo pensamiento horroriza; la cantidad de sangre perdida, desde el Gethsemaní hasta la crucificción; los tormentos, los dolores y todos los fenómenos fisiológicos que acompañaban á este bárbaro suplicio; la vergüenza que le causó el ser tantas veces despojado de sus vestidos.... todo este conjunto del que no es posible formarse idea ni en un solo detalle, era más que suficiente para desarrollar una sed, capaz de secar todo su verdor, dejándolo como una vasija de barro cocida, y haciendo que su lengua se pegara á su paladar. (1)

Ademas de estas causas naturales, hay

(1) Ps. XXI, 16.

otra, de un orden sobrenatural, que da la explicación de esta sed material.

El hombre peca, y mucho, por la boca: en la boca debió sufrir, y mucho, Jesucristo, para satisfacer por estos pecados, de una manera especial, y por decirlo así, exclusiva; y esta satisfacción debió consistir, en el mismo tormento en que consiste el castigo de dichos pecados cuando no están satisfechos.

Y en qué consiste este castigo?

El mismo Jesucristo nos lo da á conocer en términos que no nos es posible dudar.

"Hubo cierto hombre muy rico —nos dice— que tenía todos los días espléndidos banquetes." (1) Es decir, que pecaba con la boca, ya encenegándose en el grosero vicio de la gula, del que forma parte la embriaguez, ya dando rienda suelta á la lengua en la que tanto se ofende á Dios por el pecado, y tanto se falta á la caridad, por la murmuración.

"Murió este rico y fué sepultado en el Infierno; (2) y desde aquel lugar, donde

S. Juan XIV, 15.

Ib. 22

los sufrimientos son tantos, y tan variados, y tan intensos, y tan generales, solo pedía el alivio de uno, el de la sed: suplicando á Abraham permitiese que el justo Lázaro que en el mundo no había tenido que comer, (1) humedeciera en agua su dedo, y con su contacto le refrescara la lengua, porque la sed le abrasaba. (2)

Jesucristo no se quejaba de las espinas que penetraban en su cabeza; ni de los clavos que habían taladrado, y desgarraban sus miembros; ni de la cruz cuya aspereza renovaba sus llagas; ni del sol cuyos candentes rayos recrudecian el ardor de sus heridas: era que habia un dolor superior á todos sus dolores? que un tormento se abría paso entre todos sus tormentos? que una necesidad se sobreponia á todas sus necesidades?

Sus labios densamente pálidos se abren para dar paso á las ondulaciones de un prolongado suspiro, en el que expresa la necesidad que le domina. "Tengo sed."

Estas palabras tienen una estrecha ana-

(1) S. Luc. XV,21.
(2)Ib. 24·

logía con aquellas en que el cristiano temeroso, que está anhelante por recibir la sagrada Comunión, expresa su necesidad al pie del altar, cuando con voz entrecortada dice: "Muero de hambre."(1)

Pero qué diferencia en los efectos que producen unas y otras palabras!

En el Calvario, aplican á los sedientos labios del Redentor, dos cosas que forman una mezcla nauseabunda: hiel y vinagre; en el altar se acercan á los labios hambrientos del cristiano dos cosas, tambien, que son la materia de un sacramento admirable: los accidentes de pan y vino.

Pan que alimenta y vino que embriaga; pan que fortalece y vino que regocija; pan que baja del cielo, (2) y vino que engendra vírgenes; (3) pan que es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y vino que es su preciosísima sangre; pan y vino que son los accidentes de la sagrada Eucaristía.

La mezcla emponzoñada y corrompida, que la insolencia más cruel y la crueldad

(1) S. Luc. VI,51
(2) S. Juan IV,15.
(3) Zac. IX,17.

más insolente llevó á los augustos labios de la sagrada víctima, fué por ésta rehusada, "no la quiso beber." (1)

Cómo! El que aceptó no solo con resignación, sino con alegría, todos los ultrajes y todos los tormentos, rehusa sufrir este nuevo tormento, recibir éste último ultraje?

Esta repulsa, como todos los actos del Salvador, debe encerrar un misterio, tener una significación y envolver una enseñanza; y esta enseñanza, esa significación, y aquel misterio, tienen que ser grandes; tienen que ser sorprendentes; tienen que ser sublimes; tienen que ser dignos de El, es decir: dignos de Dios.

Todo lo que pasa en la Cruz, lo contempla el Cielo, lo contempla la Tierra, pues la Cruz se halla elevada entre la Tierra y el Cielo; lo recoje, lo estudia y lo medita el Cielo; lo recoje, lo estudia y lo comenta la Tierra: pues la Cruz es el Púlpito donde se derraman sobre la Tierra las enseñanzas del Cielo.

Cuando se examina superficialmente la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, como

(1) S. Marc. XV,23

desgraciadamente lo hacen muchos, y los más de los cristianos, parece que en todos sus detalles, desde su prisión hasta su sepultura, obró por la presión de voluntade estrañas que no cesaron de quebrantar la suya.

Las calles por donde lo llevan; los tribunales á que lo conducen; los funcionarios ante quienes lo presentan; las palabras que le dirijen; los ultrajes que le hacen; los golpes que le prodigan; los azotes que le dan; las heridas que le infieren; los tormentos á que lo sujetan; la arbitrariedad con que lo juzgan; el desprecio con que lo tratan; la iniquidad con que lo sentencian; el suplicio en que le dan la muerte....todo parece depender de voluntades estrañas; pero no es así.

Ya cerca de ocho siglos antes, refiriéndose á su Pasión, había hecho decir á su Profeta, á cuya visión presentó como pasados los acontecimientos futuros, que "se inmoló porque quiso inmolarse;" (1) y unos días antes de su muerte decía á los judíos: "yo doy mi vida por mis ovejas, si bien para volverla á tomar. Nadie me la

(1) Is. LIII,7

arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, pues soy dueño de darla y dueño da recobrarla." (1)

Y de ésto dió la prueba más clara, más terminante y más convincente el día antes de su Pasión, en que anticipó ésta, al instituir la Eucaristía.

Siendo ésto así, Jesucristo se inmolaba á sí mismo en el Calvario, como unas horas antes se había inmolado en el Cenáculo; no solo con toda su voluntad, sino con el mayor, el más ardiente, el más irresistible de los deseos. Es decir, que al mismo tiempo que la Víctima, era el Sacerdote de este solemne Sacrificio; y como tal, debía ejercer su Ministerio, con arreglo á la ley á que había querido sujetarse y á que se hallaba sujeto. Pues el que estando aún en el seno de su Madre se sujetó á la ley del empadronamiento; y á los pocos días de nacido, á la ley de la circuncisión; y á los cuarenta, á la de la presentación y el rescate; y un poco despues, á la del tributo judío, para cuyo pago, que en cierta ocasión no podía hacer, por su excesiva pobreza, tuvo que

(1) S. Juan X,17 y 18

acudir al milagro; (1) y siempre, y hasta esos momentos, á la de la celebración de la Pascua, no podía dejar de acatar y obedecer los ritos que normaban el ejercicio sacerdotal.

"Ni tú ni tus hijos-dijo el Señor al Sumo Sacerdote-bebáis vino ni bebida que pueda embriagar, cuando entréis al Tabernáculo del Testimonio....por ser éste un precepto perpetuo para vuestra posteridad." (2)

Conforme, pues, á este precepto, no debía beber vino, puesto que, al hacer el sacrificio de hostia pacífica, debió considerarse en el Tabernáculo del Testimonio, donde el sacrificio se hacía, (3) y no lo bebió.

En segundo lugar, Jesucristo, al sufrir su Pasión, pensaba en la Eucaristia; como al instituir la Eucaristía, pensaba en su Pasión; puesto que estos dos misterios se hallan tan íntimamente relacionados entre sí, que casi forman uno solo. Por lo que, el vino que mereciera figurar en el uno, debería ser el mismo del otro, sin cu-

(1) S. Mat. XVII, 25.
(2) Lev . X, 5
(3) Ib. III, 2, 8 y 13; IV, 4, 5, 15, 16, 24, 29 y 33.

ya semejanza, no podía ser aceptado. Semejanza que no existia ni podía existir, puesto que el vino consagrado en la Eucaristía, es exquisito; y el que le dan en su Pasión está corrompido y hecho vinagre: el uno es purísimo; el otro, una mezcla repugnante: el primero alegra por su gusto delicado; el segundo mortifica por su sabor nauseabundo: aquel conforta; éste envenena: Jesucristo puso el de la Eucaristía en los labios de sus amigos, entre las ternuras de su amor; los enemigos de Jesucristo ponen el de la Pasión en sus labios divinos, entre las manifestaciones de su odio.

Además, el vino de la Eucaristía, no es otra cosa, que la sangre de la Pasión; como la sangre de la Pasión, no es otra cosa, que el vino de la Eucaristía.

La mezcla, pues, que acercaron á los labios del Salvador, no pudo ser por El admitida, y fué por lo mismo, rechazada.

El vino de la Eucaristía, convertido por Jesucristo en su sangre y puesto por El en los labios de los apóstoles, fué el ósculo ardiente de amor y de bondad, con que selló la alianza más estrecha con sus amigos, á

quienes ya no llama siervos, (1) y á los que pronto va á dar la mayor y más terminante prueba de amor, entregando su vida por ellos; (2) el vinagre de la Pasión, puesto por los verdugos en los labios de Jesucristo, fué el ósculo frío del ódio y la felonía, con que su hipócrita enemigo sella la traición horripilante que prepara el más horrendo deicidio.

Por eso el Maestro divino, al sentir el contacto de aquel beso sacrílego, exhala una queja; y la víctima inmaculada, al sentir la ponzoña de este sacrílego atentado, retira los labios.

El silencio se ha restablecido en el Calvario.

El gentío que lo cubria, y como el oleaje formado por la tempestad iba á estrellarse contra el enérgico *atrás* de la Centuria Pretoriana, espantado por las sombras que desde la hora de sexta comenzaron á cubrir la tierra, (3) se alejó como un torrente que se despeña.

Jesucristo, á la luz de aquellas densas tinieblas, leia en el libro de la Historia,

(1) S. Juan XV, 15
(2) Ib. 13.
(3) S Mat XXVII, 45. S. Marc. XV,33 S. Luc. XXIII,44

abierto por su presciencia, todo lo que en él estaba escrito relativo á su Pasion, de lo que solamente faltaba unos momentos antes, el cumplimiento de lo que siete siglos hacia habia dicho, haciendo vibrar las gemebundas cuerdas de la lira del Profeta Rey: "Presentaronme hiel por alimento, y enmedio de mi sed me dieron á beber vinagre." (1)

Pero este hecho se acababa de realizar; esta Profecía se acababa de cumplir, y por consiguiente ya nada faltaba: y entonces, imprimiendo con su palabra infalible el sello de verdad que corresponde á las divinas Escrituras, y de una manera muy especial á las Profecías, dijo con un acento informativo á su Padre, dejandose escuchar de todo el mundo.

Ya la mision que traje á la Tierra está cumplida; ya la humanidad pecadora está salvada; ya la Justicia divina está satisfecha; ya la cuenta pendiente está saldada; ya la deuda contraida está cubierta; ya nada me queda que hacer aquí, porque todo está concluido: yo debo volver del mundo al Padre, porque "Todo está consumado.

(1) Ps. LXVIII, 22.

E inclinando la cabeza, entregó su espíritu." (1) Con una atronadora voz, cuyos robustos ecos se están escuchando todavia, llamó á la muerte, que solo esperaba esta órden para herirlo, envolviendo esta órden de su omnipotente autoridad en estas palabras de su respetuosa confianza: "Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu." (2)

Por poco que medite el cristiano que comulga sobre el augusto Sacramento de la Sagrada Eucaristía, se verá conducido de la manera más lógica y natural, á esta ineludible consecuencia: "todo está consumado."

Dios, siendo Todopoderoso, infinitamente poderoso, ha agotado en este Sacramento la grandeza de su poder, penetrando, por decirlo así, en las regiones del imposible, puesto que ya no puede darnos más: todo su poder está consumado.

Siendo infinitamente sabio, no sabe qué más podrá darnos: toda su sabiduría está consumada.

Siendo infinitamente rico, ya nada le queda que darnos: toda su riqueza está consumada!

(1) S. Juan XIX, 30.
(2) S. Luc. XXIII, 46.

Y toda su misericordia, y todo su amor, y toda su bondad, y todas sus gracias, y todo lo que pudo y quiso hacer por nosotros....todo está consumado.

No le queda ya al cristiano venturoso que comulga, otra cosa que hacer, que inclinar la cabeza, abrumado por el inconmensurable peso de un don tan expléndido; con la robusta voz de su corazon emocionado, decir "ven," al que al venir le trae la vida, y que solo espera este fervoroso llamamiento para acercarsele; y convirtiendo en ardiente plegaria las palabras de deseo pronunciadas por el Sacerdote en el instante solemnísimo, decirle á su Redentor Sacramentado: Jesus mio, en tus manos pongo mi alma; guárdala para la vida eterna.....Y embriagado con el delicioso vino de tan inmensa felicidad, caer desplomado y sin sentido como en el lecho blando de un hogar apacible, en el palpitante Corazón, abierto para él, de Nuestro Señor Jesucristo.

Qué pasa entonces por él? Qué sucede en estos momentos inexplicables, porque son de Cielo, en el venturoso cristiano que comulga?

Hay entre el hombre y Dios, ademas de

los lazos naturales que ligan á la criatura con su Criador, otros lazos sobrenaturales y divinos, más íntimos, más dulces, más sagrados, más indestructibles, que lo *religan* con El, y constituyen la Religion (*Religación.*)

Estos lazos están constituidos por una cadena de gracias que Dios nos da y de deberes que para El tenemos; de cuyos eslabones extremos, uno párte de su divino Corazón, y el otro se halla articulado en el nuestro.

El primero es de fierro, y está fundido en los tormentos de la Pasión; el segundo es de oro, y lo está en el amor de la Eucaristía: pues como con tanta exactitud lo hace observar un preclaro Príncipe de la Iglesia, (1) "el mayor sufrimiento para Jesucristo, fué la Pasión; y la mayor felicidad para nosotros, es la Eucaristía."

Esta maravillosa cadena se contrae, por decirlo así, acercando más y más sus eslabones extremos, hasta ponerlos en contacto, confundiendolos hasta hacer de ellos uno solo; y uno solo, los dos corazones que enlazan; y uno solo también los

(1) Mons. de la Bouillerie.

misterios que representan: el corazón del cristiano identificado con el Corazón de Jesucristo; el Misterio de la Eucaristía, con el Misterio de la Pasión.

Esta unión estrechísima—dirémos con la Autoridad antes citada—que existe entre la Pasión y la Eucaristía, es para nosotros un pensamiento consolador y una felicidad verdadera.. "la Pasión es amarga para Jesucristo y para nosotros; mas la Eucaristía que le está unida, vino á dulcificarla para su corazón y para el nuestro". "Gustémos ahora-dirémos para concluir—de éste piadoso pensamiento, que uniéndo en nuestro espíritu la Pasión y la Eucaristía, nos hará amar una y otra con más ardor: la Pasión, porque á ella debemos la institución de la Eucaristía; y la Eucaristía, porque para gozar de sus delicias, no han podido menos que ser necesarios los sufrimentos y la muerte de un Dios."

ULTIMO DIA.

LA GLORIA